



# Jambalaya

POR MARISÍN GONZÁLEZ

*The untold want  
By life and land never granted  
Now, voyager  
Sail thou forth to seek and find.*

WALT WHITMAN

**M**e subyugan los días esplendorosos, de puesta de sol tardía. Por eso, cuando al hojear uno de los variados panfletos que pueblan las habitaciones de los hoteles, me enteré de que el Hyatt Regency ofrecía un paquete para asistir a un festival nocturno al aire libre me sentí tentada. Estoy viajando de regreso a casa luego de una celebración familiar en X pero un contratiempo aéreo ha hecho que mi vuelo llegara al aeropuerto de Boise con retraso impidiendo así que tomara el correspondiente enlace. No conozco la ciudad y esto de aventurarme sola por calles que me son totalmente desconocidas no me atrae en lo más mínimo. Pensaba retirarme temprano, permanecer en el hotel sin moverme a ningún lado pero éste es uno de esos días en que el crepúsculo tarda en inclinarse del lado de la noche y cuando verifiqué que el paquete del hotel brindaba facilidades de transporte se esfumaron mis temores, me animé a venir y aquí me encuentro discurriendo con placidez en este sendero invadido por un oleaje humano que brota por doquier, saboreando lo que el corazón no quiere acallar, silbando con gusto –no precisamente a Tchaikovsky- (como sería de esperarse) sino los alegres y contagiosos compases de un tema musical muy popular en mis años mozos; que no recordaba, pero que esta noche caldeada de emociones vuelve a revivir en mí, un acorde con sabor a jambalaya y una promesa al Son of a Gun.

Yo no esperaba que regresara este sabor a jambalaya. Por lo menos, no precisamente en estos momentos. Ya no estoy en la edad de la flor y la seducción, y me asusta sentir mi corazón -tanto tiempo muerto- enardecerse como el chisporroteo de esos fuegos artificiales que hace un momento nada más estallaron en esplendorosos ramajes de abiertas sombrillas al compás del alborozo de campanas y cañones con que Tchaikovsky cierra su Obertura de 1812 y que este pueblo (con un regio Festival del Río) ha aprovechado para despedir en forma apoteósica –hoy 21 de junio- la primavera.

Hoy, la lisonja vuelve a palpar -hondo y cautivante – como la fragancia de esta magnolia que ahora perfuma mis manos. Después de días y noches en las que muchas veces llegué a preguntarme si ya nada halagador me estaría reservado, nada divertido, surge algo sorprendente; de pronto algo imprevisible palpita en este crepúsculo que tarda en inclinarse del lado de la

noche y ahora, la noche entera se pinta inesperada.

No creo equivocarme al afirmar que esta multifacética marejada que me acompaña saborea lo mismo que yo de la fogosidad y fragancia de esta hora crepuscular. Cómo si no, explicar que -como por arte de magia- al apagarse el último resplandor de los fuegos artificiales y hundirse el clamor de aplausos en la inmensidad del parque todo quedara en completo silencio y que, como si ninguno de los allí presentes deseara precipitar el regreso a casa, hubiéramos ido poniéndonos de pie remolonamente (como de común acuerdo), recogiendo cada quien sus bártulos: sillas plegables, hieles, almohadones; colocando cada uno a sus chiquillos a guanchinche sin prisa alguna y que sea en silencio, con lánguidas pisadas que vayamos desembocando en esta ancha vereda que cual corriente de río nos arrastra hacia la salida del parque. ¿No será por aquello de que de lo bueno siempre se quiere más?

Al abordar el autobús que me conducirá al estacionamiento en donde aguarda el shuttle bus que ha de volverme al Hyatt Regency un caudal de emociones encontradas embarga mi espíritu; no puedo evitarlo; trepidan en mi cerebro ecos del festival; descuella el momento en que el grupo del tour con el cual llegué al parque esta tarde se ha dispersado y yo -tendida a medias sobre el verde césped- permanezco reflexiva en mi acomodo hacia el fondo del parque a la sombra de una línea de sauces que bordea el río. Comía soledad y aislamiento, no pienso negarlo; soy consciente de que en mi vida prevalece un vacío. Un día es idéntico al otro. Aparte de mi trabajo como traductora simultánea en el proyecto pesquero de las Naciones Unidas y mi asidua concurrencia al Stendhal/ Rimbaud (Club Literario local) no cuento con más fuente estable de contacto humano. Pero mal que bien, el intercambio de opiniones en ese círculo -que muchas veces por ignorancia destruye a prominentes autores- es por lo menos una forma de comunicación preferible al silencio o a esa rutina sin ton ni son en la cual la mayoría de las veces la pantalla habla y sueña por mí.

No tengo parientes a no ser por Daro, mi hijo unico, su esposa y Darito (su pequeña familia); precisamente, acabo de visitarlos. Darito termina de graduarse con

honoros y yo he aprovechado esta significativa ocasión para viajar a X. y juntos festejar tan representativo momento. Yo también soy hija única y habiéndome vuelto -con los años- muy retraída y reservada cuento con pocos amigos. Afortunadamente, desde muy temprano encontré solaz en la literatura. Leo mucho: Rulfo, Dostoievsky, Baudelaire. Me fascina enfrascarme en las obras y vidas de famosos escritores. No es pues de extrañar que poco después de que Daro se radicara definitivamente en el extranjero yo ingresara a este club de lectores. Sin embargo, para ser honesta conmigo misma, tengo que admitir que eso no es suficiente; priva un profundo vacío en mi existencia ... tanto de emoción como de propósito.

Pero esta tarde mi buena estrella -que es dadivosa- ha querido venir en mi auxilio; en esta ocasión a través de la música. Ah, ¡la música! Siempre la música. Clásica o popular, me conversa; me hechiza; sus ondas tienen el raro poder de inyectarle vida a los momentos más pesados de mi existencia. Pronto mis ojos devoraban hechizados las cuantiosas puntas de pies que brincaban y saltaban felices al compás de las notas del contagioso Jambalaya\*. Oh, nada de lo que había oído o leído sobre este festival parecía igualar el entusiasmo colectivo de aquella multitud. ¡Tremendo jolgorio que se traían!

Una de las bandas Pop que amenizaba el programa había irrumpido con los acordes de ese tema musical que me ha transportado a la vida en otro lugar y otro tiempo y todos ahí (jóvenes y no tan jóvenes) se lanzaban a bailar sobre el uniforme césped de la espléndida explanada que es el Morrison Park, asidos de las manos formando ruedos, ruedos y más ruedos, solos, en grupo o en parejas y un clamor popular rico en voces jaraneiras caracoleaba en torno mío desencadenando toda la fogosidad del seductor acorde.

En la brisa flotaba toda la magia del Jambalaya:  
*"Goodbye, Joe, me gotta go, me oh, my oh,  
Me gotta pole the pirogue down de bayou.  
My Yvonne, the sweetest one, me oh my oh,  
Son of a gun, we'll have big fun on the bayou."*

Yo me concentraba en su letra. No la conocía. En ése mi lejano ayer no conocía ni jota del inglés. De modo

que ahora es que venía a enterarme de que el atrevido estribillo invita a adentrarse por la sugestiva belleza del bayou\* y, embriagada por la melodía, por la fogosidad de las guitarras eléctricas, por la algarabía que se traían aquellos repentinos barítonos y tiples que me rodeaban, cerré los ojos; me permití divagar en un cielo de ilusión y bajo su influjo me aventuré a penetrar la cálida belleza del bayou justo en el momento en que el galán protagonista se está despidiendo de su clan calavera; tiene que darse prisa, se le está haciendo tarde y aún tiene que propulsar su piragua corriente abajo con una caña, su Yvonne -la más dulce de todas- lo está esperando. Juntos van a retozar por las sugestivas y seductoras aguas del bayou.

A esa fantasía -más propia de la edad de la flor y la seducción que de ... (ya les he confiado; no tengo quince años) me entregaba cuando -en algún momento que escapa a mi memoria- he debido darme a marcar compás con mis hombros muy sutil aunque, es muy posible, sugestiva y rítmicamente pues de pronto, en medio de aquel barullo rico en voces alborozadas, de gente que cantaba y bailoteaba a mi alrededor, resonó a mis oídos una voz grave, reposada que, en un Soft Texan drawl\* modulaba tres breves sílabas.

-¿Bailamos?-

Sorprendida, abro los ojos. Me invitaban a bailar. ¿A mí? ... ¡Quién!

Por un instante permanecí inmóvil esforzándome por no dejar entrever la turbación que se apoderaba de mí por momentos mientras que lentamente deslizaba una mirada inquisitiva sobre la figura varonil dueña de aquel singular bajo. No sabía cómo tomar esta situación; si reírme de aquello o... No me explicaba lo que estaba sucediendo con este guapetón para inducirlo a acercarse a mí e invitarme a bailar. Todo esto era ridículo; yo me encontraba aquí de paso, una turista por así decirlo, y que por un cambio abrupto en el itinerario de su línea aérea, por no quedarse a solas en el hotel había aprovechado -en compañía de otros turistas en tránsito- la excusa del festival para disfrutar de un grato momento de esparcimiento al aire libre.

Qué joven es, me dije de pronto estupefacta cuando un furtivo rayo de sol le iluminó el rostro ¿cuarenta y

cinco, quizás? porque, aunque fuese únicamente en mi fuero interno, yo tenía que convenir en que para mi condición crepuscular él es muy joven. Atrayente en verdad y audaz pero sí, muy joven. Bah, lo más probable le habría llamado la atención mi atuendo, ya que todos ahí parecían ir uniformados de pantalones de diablo fuerte, blue jeans, como les llaman aquí, y yo vengo luciendo un sencillo traje corte imperio de lino blanco perlado que me dijo el espejo realza lo bronceado de mi piel; además, tampoco voy de zapatillas como ellos sino de sandalias (plateadas, por cierto), al cuello un coquetón pañuelo de seda blanco y negro, en la cabeza una provocativa beret de terciopelo negro, tan efectivamente ladeada sobre el lado izquierdo de mi cabeza que apenas si deja asomar una discreta perla blanca en el diminuto lóbulo de mi oreja y luego, ese innato a la vez que espontáneo contoneo de mis hombros tan suave, tan sutil, tan sugestivo tampoco sería como para que a él le hubiese pasado desapercibido.

Bastaba un simple ademán de cabeza para rechazar a este intrépido que antes no había visto; sin embargo... para sorpresa mía, me encontré sonriendo. Imposible que no hubiera hecho impresión en mí aquel singular bajo. Indudablemente, en el brillo de esas pupilas centelleaba un guiño entre atrevido y suplicante; aquellas pupilas inequívocamente lanzaban destellos de tan halagadora deferencia que despertaban en mí sensaciones hace mucho adormecidas. De modo que ante la novedad del garboso y galante requiebro; bajo el hechizo del ardiente y contagioso Jambalaya al ruedo entraron un par de espontáneos asidos de las manos en medio de un montón de entusiastas.

Y una mujer bailó apasionadamente; después de años en que ni siquiera algo ocasional la rozara. La embargaba una sensación de exuberancia. No pensaba; sentía. El agitado ritmo del Jambalaya le encendía la sangre lo mismo que el champán, lo mismo que el palpar acelerado de aquella cálida, aunque desconocida mano que aprisionaba la suya.

Se llama Hank Williams. No, ningún vínculo con el compositor tejano. Su negocio es el ganado. Eso dijo. De modo que yo era nueva en la región y estaba de paso. ¿Viajaba de regreso a casa y mi avión había lle-

gado aquí con retraso impidiendo así que tomara el correspondiente enlace?

-Lucky me.- dijo, a tiempo que lanzaba una franca sonrisa y en sus ojos pasaba como una llamarada un travieso guiño que no me pasó desapercibido. Ah, con que no había pensado asistir a este festival ... ni tenía idea de que existiera; menos aun de que con un festival a orillas del río se despidiera la primavera ... Tanto mejor, así a él le correspondía mostrármelo y en todo su esplendor. Nada le placía más. Qué bueno que el vuelo se hubiese retrasado y qué bueno que cuando yo me enteré de que el paquete que ofrecía el hotel para asistir a este festival brindaba facilidades de transporte, me hubiera animado a venir.

Muy bien, pero cuando mencioné eso de partir mañana a primera hora, jumm ..., eso sí que era deplorable; ¿no habría forma de hacerme desistir de ese viaje tan de en seguida? Éste era el momento ideal para conocer su hacienda, dijo. Para él sería un honor, un privilegio recibirme en ella, mostrarme sus Longhorns\*. Y como se inclinaba hacia mí siempre solícito entre un paso y otro sin dejar caer de los labios la sonrisa cuando hubo terminado la pieza y sugirió Cokes y hot dogs con tal sencillez, me encontré asintiendo con un Okey que apenas si llegó a disimular el contento que su galantería me producía a pesar de que ningún hot dog figura en mi dieta aunque sea Kosher.

No habíamos terminado de golosearnos el apetitoso embutido cuando ya quería saber si sería de mi agrado montar los globos de aire caliente. Ya los había visto yo poco después de llegar, cuando aun yacían en el césped, flácidos e inertes; claro que me moría de ganas de pasear en uno de ellos pero bien sabía yo que no lo haría por no considerar divertido hacerlo a solas.

-¿Tendremos tiempo de ir y venir...? No querría perder el autobús de regreso.

-Tendremos.- Y sin darme oportunidad de recurrir a nuevas posibles objeciones me tomó de la mano y me condujo tras sí.

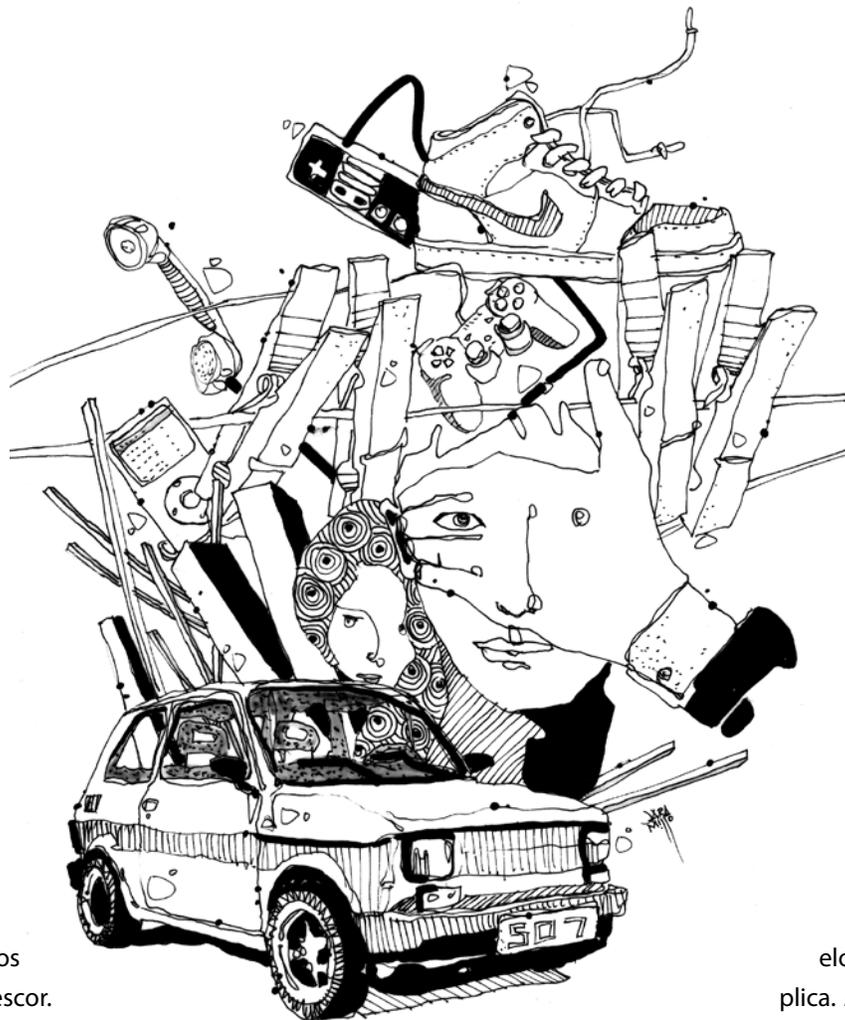
La gente iba y venía (jacarandosa generación de jeans y frescas blusas veraniegas, de sombreros de ancha ala); muchos de ellos ostentando -en son de tomar el pelo- lentes de superficies espejo en donde se refle-

jaba el paisaje o la mirada de quien los mirara (la radiante mía, por ejemplo). Por un buen tramo nos siguió el eco de sus sonoras voces gritando sus pedidos y el apetitoso aroma de hot dogs a la parrilla mientras él y yo nos perdíamos entre el gentío rumbo a los coloridos globos ahora hinchidos de aire, listos para recibir el calor del propano que les permitiría abandonar su inercia y aventurarse en el azul.

Él caminaba delante abriendo camino, cosa que me permitía apreciar su andar ligero y agilísimo que hacía resonar con cada pisada las luminosas espuelas de sus botas. De habernos soltado de las manos no dudé que yo lo habría podido seguir sin dificultad alguna pues él se distinguía de los demás no solamente por su estatura sino en que venía ataviado todo de negro, desde el calzado hasta el sombrero de auténtico cowboy que llevaba echado sobre la frente a excepción del chapeado en la punta de sus botas, las espuelas y una resplandeciente hebilla de plata al cinto.

Riendo de nada en particular, tomados de la mano, consciente yo de que ahora un flirteo se hacía inevitable, subimos a la canasta del llamativo globo ahora bruñido con los últimos colores del atardecer; y a medida que nos elevábamos hacia el infinito y en la distancia iban desvaneciéndose aromas y alborotos del festival, el sol ardiente realzaba las facciones de mi cowboy originalmente hechas sombra por el ancha ala de su sombrero. Ahora podía permitirme contemplarlo libremente sin pecar de indelicadeza. ¡Ah, es usted muy atractiva!, parecían decirme sus espléndidos ojos desbordantes de alegría como la de un niño ante el juguete de sus sueños. Y qué atento era; cuán solícito, inclinándose hacia mí a la menor oportunidad para atraer mi atención, ya fuera hacia las torrentosas aguas del río que, burbujeando mil colores, ondulaba como una gran serpiente a lo largo de este valle que llaman Treasure Valley, o más allá el regio edificio del capitolio encendido a esta hora con el fulgor del fuego del ocaso.

Chocaron nuestras miradas y al caer en cuenta y sentir que ambos nos estábamos observando mutuamente -no sin secretas reflexiones- callé de pronto sin atinar a decir una sola palabra. Y temblé. Temblé ante la posibilidad de que a él se le ocurriera reparar en esta bar-



billa mía que ya empieza a perder firmeza, en las acentadas líneas en mi frente, o en la piel inmediata a la comisura de los labios que ya pierde su frescor.

Y cuando accidentalmente su brazo rozó el mío como que de repente me percaté de la proximidad de su cuerpo y entonces tuve la sensación de encontrarme a solas con él, como si en esa canasta no viajáramos más que él y yo ... Y me turbó un estremecimiento sensual. Hacía mucho que no veía un hombre que supiera imponerse una calma más absoluta y que fuese en todo momento más dueño de sí. Fue cuando me sorprendió la sensación de haber vivido sin sentir la vida.

Y volvió a cautivarme el timbre de su voz que encuentro fascinante, lo primero que me atrajo de él y cuando habiendo regresado al parque, cómo me gustó eso de que terminado el despliegue de fuegos artificiales él volviera a sorprenderme esta vez con un tentador y ahora, si me lo permite, la llevaré a cenar. ¿Le gustan los mariscos? ¿Sí? ¡Fabuloso! Conozco un rincón de lo más acogedor, el Edelweiss, le encantará. Se especializa en langosta a la Thermidor. ... cuán seductor es, Señor, cuán seductor, algo en él atrae; esos ojos medio grises, medio verdosos que parecen expresar tan sólo sumisión

y entrega entran un no quiero ofenderla a la vez que una elocuente súplica. Ah, me dije, si algo tiene de bonito este cowboy, son sus ojos. Y saben

convencer...

Es de lamentar mi falta de aplomo porque en verdad me siento atraída hacia él aunque no estoy segura de qué manera; la ofuscación de mi pensamiento no me permite definir, explicar lo que siento. Si bien disfruto de su compañía el juego me es nuevo, tendría que aprender las reglas a medida que vaya avanzando. Entre tanto, me doy cuenta de que los movimientos de apertura se han dado. Y me siento en desventaja. Esta situación –que no significará nada para otros– es monstruosa para mí, una mujer que, a excepción de ese malogrado amor que luego de impregnarme su simiente desapareció entre las sombras de la noche, no tengo historia. Y ahora me encuentro presa de una especie de inquietud por una situación con la cual no solamente no sé lidiar sino que no me permite reflexionar. Tan pronto la veo como toda una aventura como asimismo de pronto se me ocurre que le estoy concediendo importancia a una cosa que no la tiene. Total, ¿qué ha

sucedido? Nada. Una tontería a la cual toda mujer que frecuenta la sociedad está expuesta, una tontería a la cual es fácil ponerle fin. Eso me he repetido y me lo sigo repitiendo una y otra vez. Y sin embargo, aún consciente de que esta emoción es un placer y no una pasión, un recelo a un más allá de no sé qué me ofusca. Para él todo parece tan sencillo.

Cuánto me habría gustado poder expresar verbalmente mi ambivalencia ante las circunstancias. Realmente es de lamentar que no supiera hacerlo. Había que reconocer que me descontrolaba el poder de su gran atractivo y yo titubeaba ante esta imprevista complicación sentimental en mi vida -no por creer encontrarme en uno de esos momentos en que el yo se inclina a desplazar convencionalismos y barreras sociales- sino por no conocer nada, nada de él; por temor a extraviarme en esta ciudad que me es completamente desconocida. ¿No debería sentir temor? ¿Debía avergonzarme por sentir desconfianza?

Abruptamente desvié la mirada. Apresuré el paso. El pareció sorprenderse. Nada dijo, pero creí comprender que sus ojos habían absorbido mis pensamientos; yo, que ni siquiera sé a ciencia cierta por qué había reaccionado así, que sólo me sabía presa de un cierto grado de inquietud por una situación con la cual no sabía lidiar. Y me quedó un vago sabor a descontento cuando él -bajo pretexto de ir a despedirse de los amigos con quienes había venido al festival- se excusó y se alejó.

En el reloj (de la antigua estación ferroviaria según el guía que nos acompaña) suenan las diez. Nos ponemos en camino. Me sorprende sentirme presa de un no querer regresar al hotel. No por lo menos tan pronto. Algo en el aire de la noche me llama con vehemencia aunque yo no sepa decir con exactitud qué es; ahora, cuando creía haber descartado toda posibilidad de que volviera a ocurrir algo emocionante en mi vida, la ocasión empieza por pintarme un escenario de vida dinámica, arrolladora; hoy, a raíz de un aire popular que me ha vuelto a un momento que creía olvidado, la ocasión me invita a entrar de nuevo en el mundo de los vivos. Esta noche la lisonja palpita hondo y cautivante, como el aroma de esta brisa plena de eucaliptos y tiernos brotes del chopo de agua que me alborota los cabellos,

como la fragancia de esta magnolia que ahora perfuma mis manos y deja escapar un dejo secreto, cuyo perfume exhala un "nada hay tan cautivador como entregarse a la vida sin artificios". Esta noche (mi noche de noches) me siento convidada a prolongar un instante de voluptuosa locura.

¿Me atreveré a volver a soñar despierta, como antes ... como entonces?

No lo sé. Solamente tengo presente que no quiero regresar al Regency por el momento; no precisamente ahora que alguien silba el Jambalaya tan seductoramente.

No pienso volver la mirada hacia atrás; mi asiento está acá adelante cerca del chofer. Sin embargo... tintinean unas espuelas; levanto la vista y no puedo menos que dirigirme una íntima sonrisa. El lejano horizonte ostenta las galas de un ocaso que empieza apenas con este toque anochecido. No, no creo equivocarme al afirmar que esta humanidad que me acompaña saborea -lo mismo que yo- del espíritu voluptuoso de este anochecer de junio cargado de luz. A pesar de que sopla la brisa de los ocasos, estas calles y avenidas que hasta hace poco nada tenían que contarme, sorpresivamente se han inundado de color.

De pronto, también yo silbo *Son of a gun we'll have big fun on the bayou.*

\* Jambalaya: canción country popular de Louisiana, USA; también es un plato criollo francés, propio de Louisiana rico en especies picantes, arroz, camarones, ostras, jamón o pollo.

*Son of a gun*: un calavera; íntimo amigo, compinche.

*Bayou*: brazo de un lago, o río, propio de Louisiana.

*Soft Texan drawl*\*: característico bajo Tejano que arrastra las palabras muy suave y muy lentamente.

*Longhorns*: ganado de cachos muy separados entre sí. Típico de Texas.

---

MARISÍN GONZÁLEZ. Nació en 1931. Tiene licenciatura en Estudios Latinoamericanos y del Caribe en la Florida State University. Ha publicado un libro de cuentos: **Aries al ponerse el sol** (2003)